





**LAS CONDESAS
DE LA GESTAPO**





CYRIL EDER

LAS CONDESAS DE LA GESTAPO

Traducción de
Silvia Kot



 *Editorial El Ateneo*

Eder, Cyril

Las condesas de la Gestapo. - 1a ed., 2a reimp. -
Ciudad Autónoma de Buenos Aires : El Ateneo, 2014.
256 p. ; 23x16 cm.

Traducido por: Silvia Kot
ISBN 978-950-02-5328-4

1. Historia de la Segunda Guerra Mundial. 2. Resistencia.
I. Kot, Silvia, trad. II. Título
CDD 940.5

Las condesas de la Gestapo

Cyril Eder

© Editions Grasset & Fasquelle, 2007

Título original: *Les comtesses de la Gestapo*

Traductora: Silvia Kot

Diseño de tapa: Departamento de Arte de Editorial El Ateneo
Diseño de interior: Mónica Deleis

Derechos exclusivos de edición en castellano para todo el mundo
© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2014
Patagones 2463 – (C1282ACA) Buenos Aires – Argentina
Tel: (54 11) 4943 8200 – Fax: (54 11) 4308 4199
E-mail: editorial@elateneo.com

1ª edición: noviembre de 2007

2ª reimpresión: julio de 2014

ISBN 978-950-02-5328-4

Impreso en EL ATENEO GRUPO IMPRESOR S. A.,
Comandante Spurr 631, Avellaneda,
provincia de Buenos Aires,
en julio de 2014.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.
Libro de edición argentina.

Índice

Prefacio	9
Las condesas de la Gestapo	
Mara, condesa Tchernycheff	17
Sylve, marquesa de Abrantès.....	59
Evanne, princesa Mourousi.....	93
Ilde, condesa von Seckendorff.....	125
Sonia, condesa Olinska.....	137
Y las otras....	147
Antoinette Hugues, condesa de Bernardi; Olla Lemesle, baronesa de Beaufort; María Angustias Núñez del Prado, marquesa de San Carlos de Pedroso; Madame Hubert, condesa de Thucé	
Los condes de la Gestapo.	157
Serge de Lenz; Louis Piscatory, barón de Vaufreland; Guy, conde de Marcheret	
Epílogo	189

Anexos

Abreviaturas	195
El París colaboracionista (1940-1944).	197
Lugares considerados por la Resistencia como guaridas de la Gestapo.	211
Nota	215



Prefacio

En la mañana que siguió al 14 de junio de 1940, París se despertó con una fuerte resaca, mezclada con la amargura de haber faltado a una cita con la Historia. Munich, la *drôle de guerre*, el éxodo, tantas frustraciones frente a una realidad que se hacía cada día más dolorosa, más cruelmente presente ante la incredulidad general.

Sie kommen! El 14 de junio, los alemanes entraron en la ciudad. Al principio, se mostraron discretos, y se limitaron a tomar el control de las administraciones públicas y privadas, infiltrándose en los medios de comunicación, ubicando a sus hombres en los puestos importantes, y luego, poco a poco, fueron invadiendo el paisaje cotidiano de los parisinos.¹ Las fachadas grises marcadas de enormes esvásticas rojas y negras, los conciertos al aire libre, los desfiles militares en los Champs Élysées, las señales escritas en alemán en los cruces estratégicos y las secas *Blitzmädchen* que se hacían fotografiar con el fondo de la torre Eiffel: la escenografía estaba montada.

Después del primer impacto, la gente se acostumbró a los vehículos militares que pasaban por las calles, a los in-

cesantes controles de la policía, a los horarios reducidos por el toque de queda, e incluso a los *Feldgrauen* apiñados frente a *El hermafrodita* en el Louvre o a la tumba de Napoleón en Les Invalides. Eran tan correctos, parecían tan deseosos de hacerse perdonar su intrusión, que las personas educadas se mostraban dispuestas a perdonarles esa falta de urbanidad.

Después de todo, el Mariscal había salvado el honor al firmar el armisticio. Pudo reducir la catástrofe erigiéndose en un interlocutor aceptado por los invasores, y regatear el recorte del territorio. Eso hizo suponer que los alemanes tomarían en consideración el amor propio de Francia, a diferencia de lo que habían hecho con Polonia, aplastada por las bombas y el desprecio. Y se tomó por magnanimidad lo que no era más que frío cálculo.

Muy pronto, París se convirtió en una base de repliegue para el ejército alemán, un refugio de paz en una Europa arrasada a sangre y fuego, un desvío obligado en esa antesala del Walhalla creado para el reposo del guerrero, antes del asalto final. Como la cotización del reichsmark había sido establecida en forma arbitraria por el invasor, el dinero fácil corría a raudales. Los restaurantes y los burdeles estaban colmados. Todos los testimonios de la época concuerdan en esto. “Aquí la gente actúa como si nunca hubiera habido una guerra, y por cierto, como si no se tratara de una guerra perdida por Francia”,² observó un oficial alemán de paso por París, en 1943. En cuanto pasó el efecto sorpresa, la gente reanudó su vida normal. Para una minoría, la ocupación alemana fue un verdadero Eldorado.

En vez de apoderarse por la fuerza de las materias primas que necesitaban en forma ilimitada para proseguir la guerra, los alemanes comenzaron a presionar al Tesoro, que se vio obligado a entregarles quinientos millones de francos (1940) por día para los gastos de ocupación. Con ese dinero fresco, los ocupantes se llevaban sin necesidad de regatear todo lo que el país tenía para vender. De este modo empobrecieron a los franceses, dándoles la impresión de que eran ellos quienes se enriquecían a su costa.

Se abrieron muchas agencias de compras en todo París, y luego, en toda la zona ocupada. La Kriegsmarine, la Luftwaffe, la Gestapo, y todos los servicios auxiliares organizaron sus propias redes.³ Ubicaron en ellas a sus títeres, quienes reclutaban, a su vez, a sus propios gestores. Una buena lista de direcciones bastaba para hacer una rápida fortuna.

Esta generación espontánea de grandes aprovechadores de la guerra surgió en el otoño de 1940. Provenían de todas las capas de la sociedad y tenían un punto en común: un agudo sentido de los negocios, desprovisto de toda consideración política. A los alemanes no les importaba demasiado el origen de sus intermediarios: entre ellos había redomados truhanes, mujeres de mundo, rusos blancos, industriales e incluso algunos judíos extranjeros. Tras un período de anarquía, algunos nombres se destacaron entre la multitud.⁴

Esos individuos eran interlocutores privilegiados de la agencia Otto y del SD de la rue des Saussaies, y vivieron el período de la Ocupación sin atenerse a las normas. Mientras que para la mayoría de la población francesa esos cuatro

años constituyeron una larga y dura prueba, una mezcla de restricciones, humillaciones y angustias diarias, algunos centenares de oportunistas lograron sacar el máximo provecho de la situación y vivieron un verdadero cuento de hadas. Algunos celebraron sus primeros mil millones con cenas suntuosas en Maxim's. Otros, que habían empezado de cero, compraron todos los grandes hoteles de la Costa Azul o perdieron fortunas, como en los mejores días del período anterior a la guerra, en las carreras o en el juego. El mismo Goering pagó el costo de frecuentar los garitos clandestinos de la capital francesa.⁵

Estos grandes codiciosos necesitaban todos los símbolos exteriores del éxito: una enorme mansión, una servidumbre numerosa y adiestrada, varios autos de gran marca y compañeras que exhibieran joyas sensacionales y ropa de modistos exclusivos. Un título pomposo, tomado de algún viejo anuario, ocultaba sus orígenes a menudo inconfesables. Se los veía arrastrar su falsa y trabajada elegancia por los restaurantes del mercado negro y los cabarets en boga, en las tribunas de Longchamps y los desfiles de moda del faubourg Saint Honoré. También se los reconocía por sus extravagantes contribuciones en las galas de beneficencia, por sus gastos fastuosos en las tiendas de anticuarios y las grandes subastas de Drouot, por su prontitud para asistir a las recepciones de la embajada de la rue de Lille y a las conferencias del Instituto Cultural Alemán.⁶

A diferencia de lo que había ocurrido en tiempos del Directorio, o durante la Primera Guerra Mundial, épocas turbulentas en las que el fenómeno del nuevo rico se desarrolló

en forma desmedida, estos ventajistas trataban de mantener, en lo posible, un perfil bajo. La calle era insegura, el populacho estaba predispuesto a los ataques y proliferaban las amenazas de muerte. Si alguno se tentaba de olvidar los tiempos que corrían podía recibir uno de los pequeños ataúdes que se solían enviar en forma periódica por correo, y en la prensa norteamericana se publicaban listas de condenados a muerte. Pasada la euforia de los primeros años de la ocupación, la colaboración se volvió discreta, solapada. Se empezó a recibir en privado, y se crearon enclaves protegidos en las provincias: los más conocidos fueron Cannes, Megève y Barbizon. Allí se reunían, en diversos momentos del año, algunas personas que, aunque a veces no pertenecían al mismo mundo, al menos compartían los mismos “intereses” en la vida.

Y aunque se consideraba inconveniente frecuentar al señor Henri (Chamberlin, llamado Lafont), al señor Joseph (Joinovici) o al señor Michel (Szkolnikoff), famosos por sus métodos expeditivos y sus poderes ocultos, directamente proporcionales a su grado de servilismo frente al ocupante, la “alta colaboración” lograba pasar inadvertida, disimulando sus oscuras acciones tras una fachada digna. En un sistema de valores en el que la habilidad para mantenerse a flote había reemplazado a la pericia, y la cantidad de millones a la alcurnia, adquirieron un papel protagónico ciertas mujeres, a las que los periodistas bautizaron con la expresión al mismo tiempo imprecisa y pomposa de “reinas del mercado negro”.

Bellas, inteligentes y políglotas, a menudo de origen extranjero, fueron las últimas encarnaciones de ese mun-

do cosmopolita que había seducido a Europa entre las dos guerras. Sagaces mujeres de negocios, que jamás perdían de vista sus propios intereses y conservaban un sentido innato del decoro en una sociedad de truhanes de toda calaña, fueron las estrellas del mundillo licencioso parisino, nacido en la guerra, decidido a divertirse a toda costa y a disfrutar mientras fuera posible. En general, se colocaban bajo la protección de un hombre, alguna personalidad clave del hampa, a veces una figura del espectáculo o, mejor aún, un alto oficial del ejército alemán o de la Gestapo, que las protegía en forma pública o encubierta. Amantes, proveedores o avales, ellos desempeñaban un papel fundamental en la supervivencia de estas mujeres. Veremos a continuación que, cuando fueron abandonadas a su suerte, sufrieron una vertiginosa decadencia. Las que supieron transigir y adaptarse a los acontecimientos después de la Liberación, lograron hacer carreras discretas y ganar en respetabilidad lo que habían perdido de esplendor.

Las condesas de la Gestapo





Mara, condesa Tchernycheff

Entre todas las aventureras que brillaron en esta época sombría hubo una cuya carrera se ajustaba a la perfección a las fantasías de esa sociedad de arteros traficantes, un personaje que parecía escapado de una mala novela de espías: la condesa Tchernycheff, llamada Madame Garat.

Mara nació en Moscú, el 16 de mayo de 1915, segunda hija del conde Alexandr Alexándrovitch Tchernycheff-Bezobrazoff y María Nicoláievna Sherbatoff. Los Tchernycheff formaban parte de una larga estirpe de gobernadores militares, cuyos orígenes se remontaban al siglo XV, y que poseían sus tierras en el distrito Volokalamsk, cerca de Moscú. El hombre más importante de la familia, aunque primo lejano de la rama que nos interesa, era el general Alexandr Czernicheff, que había sido enviado en misión por el zar Alejandro en tiempos del Primer Imperio, y asombró a París con su aspecto extravagante y sus innumerables conquistas femeninas.⁷ Alexandr Fedórovich Bezobrazoff, chambelán del zar, casado con Sofía Hypolitovna, la última de la estirpe Tchernycheff, fue autorizado a llevar el título de conde Tchernycheff en 1908.

Mara llegó a Francia en 1919, cuando aún era una niña, con sus padres y su hermano, vía Odessa y Constantinopla, tras la derrota del ejército de Wrangel. Como para la mayoría de los refugiados rusos blancos, los primeros años, primero en Marsella y luego en París, fueron muy duros. Alexandr Alexándrovich, el padre, no logró establecerse y pronto abandonó a su esposa y a sus dos hijos. La condesa, por su parte, se fue a vivir a la rue Bassano con un compatriota, electricista de profesión, y luego encontró un empleo en la Bolsa de Diamantes de la rue Cadet. La pequeña Mara tuvo, junto con su hermano, una escolaridad normal en el colegio ruso de la rue Daru. Su rastro se pierde hasta 1932, cuando reapareció en la Costa Azul, trabajando como extra en una película ligeramente pornográfica titulada *Las aventuras del rey Pausole*, basada en la novela de Pierre Louÿs.⁸ Allí lucía su cabellera rubia platinada y sus curvas bronceadas, junto con otras muchachas bonitas de nombres ingenuamente sofisticados: Gin Etchehandia, Miss Costa Vasca 1931, y una starlette de Carpentras, Tea Worth. Siguiendo la corriente, ella también se puso un nombre artístico rebuscado: Ila Méery. A los dieciocho años, Mara, como muchas jóvenes de la nobleza rusa emigrada dotadas de un físico agradable, entró como *mannequin* a la casa Chanel, y luego fue vendedora en Schiaparelli. En esa época, compartía un apartamento en 30 quai de Passy con el pintor Vladimir Barjansky,⁹ un homosexual mundano y amigo íntimo del joven Philippe de Rothschild,¹⁰ quien la tomó como amante. En 1934, Mara fue contratada para actuar en un filme producido por Rothschild, *Lac aux Dames*, con dirección de Marc Allegret.¹¹ Allí interpretaba un papel pequeño, el de Anika,

una condesa rusa orgullosa de su cuerpo, que intentaba seducir a Jean Pierre Aumont mostrando generosamente sus senos en una tórrida escena de amor. Al parecer, esta breve aparición impresionó a algunas agencias de artistas, ya que ese mismo año filmó otras dos películas, bastante importantes: *Pension Mimosa*, de Jacques Feyder, y *Zouzou*, con Josephine Baker y Jean Gabin.¹² Pudo haber hecho una tranquila carrera de actriz secundaria, si no se hubiera relacionado hacia 1937 con un estafador, judío rumano o búlgaro, Joseph Goldstein, llamado Dorelis, un jugador profesional.¹³ La pareja se instaló en el número 12 de la rue de Marignan, y empezó a trabajar en equipo para desplumar en el juego y en la cama a todos los incautos que se cruzaban en su camino. Alguien alertó a la policía y a principios de 1938 ésta emitió una orden de expulsión del territorio para Mara, Dorelis y Barjansky, sospechoso de espiar a favor de los soviéticos. En ese momento, el espionaje estaba en pleno auge, y la situación de Mara era muy precaria, sobre todo por tener un pasaporte Nansen.¹⁴ Por esa razón, la joven, que hasta ese momento se había dejado llevar por los acontecimientos, decidió tomar su destino en sus manos.

Una noche conoció por casualidad, en algún garito clandestino o en el salón de juego de algún casino de provincia, a Henri Garascu, llamado Garat,¹⁵ el ídolo de las parisinas libertinas de la época. Había colmado los diarios con sus calaveradas, pero su estrella empezó a declinar tras una serie de fracasos en la pantalla y una terrible pelea con un crupier, en la que perdió un ojo. Su frustrado matrimonio con una bailarina de music hall lo había dejado abatido, y las repetidas pérdidas en el juego terminaron por llevarlo a la

ruina. Mara Tchernycheff tenía un pasado turbio, pero era bella, inteligente y tenía un título. Seguramente Garat vio en ella un medio para volver a empezar, y ella en él, una solución conveniente para sus problemas con la policía y para conseguir pronto la nacionalidad francesa. Se casaron en el ayuntamiento del distrito dieciséis, el 19 de julio de 1939, unos meses antes de que estallara la guerra. La revista *Cinémonde* publicó una foto de la pareja, con el siguiente título: “Henri Garat cae por tercera vez en las redes de una mujer hermosa. ¿Será la definitiva?”. Se los vio juntos en algunas galas (noche de Longchamp, gala de la Cruz Roja), pero cuando el clima se volvió insoportable, decidieron viajar a Brasil, en mayo de 1940, con el pretexto de no postergar más su luna de miel. Lo que querían, en realidad, era poner cierta distancia entre ellos y el continente europeo, ya que el resultado de la guerra aún parecía incierto.

Se instalaron en Río de Janeiro, que todavía conservaba el encanto de una lánguida ciudad balnearia, con sus playas de arena fina y su orgullo de ser al mismo tiempo la sede del gobierno de ese vasto país, mucho antes de que Brasilia le quitara esa corona. Hollywood y Fred Astaire habían puesto de moda Copacabana y el Cristo del Corcovado a comienzos de los años treinta, y atraía durante todo el año a una sociedad cosmopolita de extranjeros ricos y amables diplomáticos. El lugar era considerado tan elegante que el rey de Rumania en el exilio, Carol, fue a establecerse allí con su pequeña corte y su eterna amante, Magda Lupescu.¹⁶

A diez mil kilómetros de París, Garat no era más que un actor viejo, gordo y engominado. El antiguo galán cinemato-

gráfico ya no convocaba al público. A lo sumo, lo toleraban junto a su fascinante esposa, tan rubia, elegante y distinguida, en las reuniones sociales y las recepciones en las embajadas. Y muy pronto ocurrió lo inevitable. Un riquísimo industrial brasileño, Raymondo Castro Maia,¹⁷ supo hallar las palabras adecuadas y los argumentos convincentes para seducir a Mara. El romance fue tan público que al marido deshonrado no le quedó más remedio que hacer las maletas y volver a Francia a fines de 1940, y presentar una demanda de divorcio. El fallo del 6 de noviembre de 1942, a favor de Garat, selló la ruptura definitiva.

Mara ni siquiera se dio por enterada, concentrada como estaba en su nueva pasión. Vivió en Brasil hasta el final de 1941, y podía haber pasado el período de la guerra allí, a salvo de toda preocupación material, de no haber recibido una carta de Garat con la noticia de que su madre estaba gravemente enferma y se requería su presencia en París. La joven no dudó ni un instante y emprendió el regreso. Era una decisión valiente, en una época en que esa clase de viajes entrañaban grandes riesgos. Había que llegar primero a Dakar, atravesando las líneas alemanas, navegar hasta Gibraltar, conseguir una visa para atravesar España, luego otra visa para cruzar la frontera francesa en zona no ocupada, y finalmente, una nueva visa para entrar a la zona ocupada. Por supuesto, su querido Castro Maia le facilitó el pasaje por vía diplomática, ya que Brasil formaba parte de las naciones neutrales. Como sagaz hombre de negocios, también aprovechó la oportunidad para darle dinero con el cual harían “negocios” juntos, una vez que ella se estableciera en Francia.

En París, Mara se encontró con una gran sorpresa: su madre gozaba de excelente salud. El objetivo de la carta de su marido había sido, en realidad, alejarla de Castro Maia y hacerla retornar a Francia. Por otra parte, durante su ausencia, Garat le había exigido a su suegra que le entregara el dinero que le enviaba su hija desde Brasil. Mara tuvo que admitir, a su pesar, que había sido estafada por un ex marido celoso y ruin. Pero ya no podía volver a partir. No quería repetir la experiencia de ese último viaje, e hizo un rápido balance de la situación.

Ella poseía algunas joyas valiosas y el dinero que le había entregado su amante brasileño. No le parecía correcto quedarse en el pequeño apartamento del boulevard Exelmans que su madre compartía con su viejo amigo Michel Chirkoff y su anciana *niania* paralítica, María Gavriloff. El tiempo pasado en Río había confirmado su afición al gran lujo y la vida fácil, y estaba decidida a seguir por ese camino contra viento y marea. Como dijo más tarde uno de sus amantes: “Su patria era el orgullo”. De manera que tomó una suite en el hotel Baltimore, de 88 avenue Kléber, en el barrio de l’Etoile.

En ese comienzo del año 1942, París mostraba una extraña mezcla de resignación y nerviosismo: se veían largas colas frente a las panaderías y a las salas de cine, y por la calle, mujeres elegantes, amas de casa, jóvenes excéntricos, velotaxis y, en todas partes, omnipresentes, los ocupantes. En apariencia, se había vuelto a la rutina, y los parisinos parecían haber aceptado el statu quo. Sin embargo, ¿de dónde salían esos desconocidos que asistían a los *vernissages* y a

los estrenos, esas parejas vulgares que se atiborraban de comida en los restaurantes “steak”, esas bandas de noctámbulos ebrios que llenaban los cabarets de Montmartre, y cuyos nombres eran cuidadosamente soslayados en las crónicas sociales de los diarios? Mara circulaba por todos los grandes bares y clubes que solía frecuentar antes de la guerra, el Boeuf sur le Toit, el Fouquet’s, el Schéhérazade, el Florence, en busca de un socio adecuado. Pero Dorelis se había escapado a los Estados Unidos, al igual que los Rothschild; Barjansky estaba escondido en Biarritz, y Schiaparelli, con quien se había encontrado en Río, vivía ahora en Nueva York.

En esa época, dentro de la comunidad rusa se hablaba en voz baja sobre fortunas repentinas amasadas en el mercado negro, entre ellas, las de Paul Metchersky,¹⁸ André Galitzine,¹⁹ Yvan Shapochnikoff,²⁰ Lazare Maïloff,²¹ Boris Soumarakoff,²² y Michel Szkolnikoff,²³ que ya era multimillonario. Un salón era el símbolo de ese ambiente de astutos especuladores vinculados con altos oficiales alemanes: el salón de las señoras Mumm,²⁴ dos hermanas de origen ruso, que funcionó primero en 1 avenue de Iéna, y luego en el hotel George V. Después de la guerra, se dijo que Mara Tchernycheff había vivido incluso un tiempo en ese palacio, cerca de las Mumm. Fue su primera incursión en el oscuro mundo de ese gran mercado negro que comenzó en el otoño de 1940 y traficaba desvergonzadamente con los alemanes a través de agencias de compras, cuyos nombres bárbaros se pronunciaban como veladas amenazas: Otto, Pimetex, ZKW, SS-Essex. Allí, Mara se reencontró con personas a las que había conocido antes de la guerra, en las

pocas reuniones que la alta sociedad rusa organizaba todavía en París: Stephan Djanoumoff,²⁵ Serge Landchewsky,²⁶ Boris Ivanowsky,²⁷ o el barón von der Osten-Sacken.²⁸ En cuanto ella dijo que tenía algo de dinero y quería invertirlo, Landchewsky le propuso que fuera su socia en un negocio de alcohol en gran escala que estaba a punto de montar. Como Mara quería saber quién era ese Max Stoecklin²⁹ del que hablaba todo el mundo, la citaron en 1 rue Lord Byron, cuarto piso, oficinas 425-427.

De todos los personajes hasta aquí nombrados, el suizo Max Stoecklin era, de lejos, el más maquiavélico, y merece que nos detengamos un momento en él. Llegó a Francia desde Basilea a los veinte años, se casó y se divorció dos veces. Era inestable, veleidoso en el amor y en los negocios, siempre estaba corto de dinero, y parecía incapaz de establecerse, hasta que se cruzó en su camino, en 1932, Hermann Brandl,³⁰ un hombre de negocios bávaro instalado en Bruselas. Este le propuso una sociedad para la explotación de un micrófono corporal (!). El asunto finalmente no se realizó, pero ellos se mantuvieron en contacto. Lo que Stoecklin no sabía en esa época era que Brandl trabajaba para la Abwehr como agente secreto vinculado a la radio de Colonia (6ª región militar de Münster), y estaba radicado en Bruselas desde 1925, donde dirigía una empresa de calefacción central. En sus conversaciones, sólo había dicho que era un ingeniero especializado en el estudio de los gasógenos, y que acababa de patentar un “sistema Otto”. Cuatro años más tarde volvieron a verse, esta vez para comercializar esos gasógenos. Los tiempos habían cambiado, y Alemania se estaba armando en previsión de la guerra total. Los servicios especiales reclutaban nue-

vos agentes en los territorios codiciados, en general, entre elementos marginales fáciles de manejar con un poco de dinero. Stoecklin entendió muy pronto lo que quería el bávaro de él, y aceptó cuando se habló de una remuneración (dos a tres mil francos por informe transmitido a Colonia, y luego, cinco mil francos por mes). Su tarea consistía en reunir información sobre los aeródromos de Bélgica, y reclutar más gente. Stoecklin se instaló en Saint Cloud con una estación emisora en el verano de 1938, y le comunicaba a la embajada de Alemania en Bruselas datos sobre las bases militares en Francia y en Argelia. Finalmente, la policía francesa lo arrestó el 15 de mayo de 1940, justo antes de la debacle. Fue encarcelado en Cherche Midi, a la espera de ser juzgado por un tribunal militar, que sin duda lo habría mandado fusilar, pero fue evacuado frente a la invasión alemana, junto con centenares de prisioneros, hacia el campo de concentración de Cepoy, en Loiret.

Allí conoció a Henri Chamberlin,³¹ un pequeño truhán detenido por insubordinación, que luego desempeñaría un papel importante en su vida. Entre una cosa y otra, Chamberlin le propuso aprovechar un momento de descuido de los guardias para escabullirse y unirse a los alemanes, en lugar de evitarlos. Una vez afuera, se procurarían unos bidones vacíos para fingir que eran personas normales que buscaban gasolina, y tener así una coartada razonable en caso de control.

Stoecklin y Chamberlin se encontraron pronto con sus libertadores en la Kommandantur de Nemours. Fueron debidamente interrogados en Fontainebleau, dieron en sus respuestas algunos nombres clave, y los llevaron a París,

a la sede de la Abwehr, que funcionaba desde hacía unos meses en el hotel Lutetia. Allí Stoecklin volvió a encontrar a Brandl y al *netzleiter* Rudolph, su jefe de sección SD de la preguerra.³² Se alegraron de verse, y Chamberlin fue presentado a la pequeña familia. El almirante Canaris, jefe del contraespionaje alemán, acababa de abrir una agencia de compras clandestina para financiar su organización, y puso como director a Brandl. Chamberlin, ahora llamado Lafont, era el encargado de encontrar edificios disponibles para instalar en ellos los nuevos servicios comerciales.

El resto es conocido. Atrincherado en el hotel Lutetia, Lafont se convirtió en el nuevo cabecilla de París. A partir de julio de 1940, empezó a elegir con absoluta impunidad a sus cómplices, a quienes reclutaba en la cárcel de Fresnes, haciéndolos poner en libertad con su sola firma: así, Tissier, Maillebuau, Estebesteguy, Bonnal, Prévost, Pinardel, Carrier pasaron a integrar el núcleo central de la banda, que se haría famosa con el nombre de Bonny-Lafont y aterrorizaría a París durante cuatro años.³³

Al finalizar el año, Hermann Brandl, llamado Otto, le pidió a Lafont que enviaran a Stoecklin a África del Norte para instalar cerca de Argel una emisora de radio clandestina directamente vinculada con los alemanes. Pero el proyecto fracasó: la policía de Argel detuvo a dos miembros, y el resto de la banda regresó tan rápido como fue posible.³⁴

Entonces, el hotel Lutetia le propuso a Stoecklin, que estaba demasiado comprometido ante los franceses, que montara una agencia de compras y siguiera proporcionando información en forma discreta. En octubre de 1940, Stoecklin instaló una oficina de estudios, la sociedad BEMIC (Oficina

de estudios mineros y comerciales) en el cuarto piso de 1 rue Lord Byron, especializada en el estudio de vehículos eléctricos. Bajo esta inocente fachada (con dos dibujantes y un ingeniero consultor), Stoecklin empezó a traficar con artículos textiles, alcohol y cables telefónicos, por cuenta de “Otto” Brandl, cuyas oficinas se encontraban en los números 18-23-24 del square Bois du Boulogne. El sistema adoptado era sencillo: los proveedores llevaban muestras de la mercadería que deseaban vender, informaban sobre la cantidad disponible y el precio solicitado. Esas muestras eran enviadas al servicio Otto, que aceptaba o rechazaba la propuesta. Si se aceptaba, el proveedor recibía un bono de pedido, que le permitía entregar su mercadería a uno de los depósitos parisinos, desde donde se enviaba a Alemania. Luego, Stoecklin buscaba el dinero en la oficina de Otto y le pagaba al proveedor, reteniendo un diez por ciento de comisión sobre la transacción. Es fácil imaginar las ganancias que podían obtener los intermediarios al proponer un precio más alto que el que pedía el proveedor, sobre todo porque, por obvias razones, los alemanes no se preocupaban demasiado por los precios. Pero para estos intermediarios, lo más importante era conseguir una habilitación oficial que les permitiera trabajar en forma directa con el servicio Otto. Estos permisos eran distribuidos con cuentagotas, y en general, entre los miembros del SD, por lo menos al principio. Una vez obtenida la habilitación, bastaba con que los proveedores los conocieran, ya que ellos no podían comerciar en forma directa con los alemanes, instalando una oficina en un barrio comercial: una o dos habitaciones, un teléfono y una secretaria era todo lo que necesitaban. Por si algún inspector que controlaba el

mercado negro se volvía demasiado estricto, era útil conocer a dos o tres alemanes influyentes: una llamada telefónica ponía fin a la persecución.

Entre sus proveedores habituales, Stoecklin distinguía a un grupo de rusos: los hermanos Landchewsky, Stephan Djanoumoff y Grégoire Ivanov. Ellos tenían la ventaja de proporcionar información a los alemanes, al mismo tiempo que comerciaban con ellos. Para mayor comodidad, les alquiló dos oficinas en el cuarto piso de 1 rue Lord Byron. Como los negocios prosperaron muy rápido, los rusos se establecieron por su cuenta y trataban directamente con el servicio Otto. En diciembre de 1941, Landchewsky le presentó a Stoecklin a la condesa Tchernycheff.

Ella lo encontró elegante en un “estilo gángster”, y él consideró que era ella bonita aunque “interpretaba el papel de una mujer de negocios”. Ambos se pusieron de acuerdo para asociarse, y él le subalquiló el cuarto 427 para que abriera su oficina, cobrando una comisión sobre sus ventas. Mara se instaló allí con su secretaria Zina Afrossimova, y tomó el nombre de señora Garat, con el que ya la conocía todo París. Pocas personas sabían que estaba separada del actor de cine.

Curiosamente, en ese ambiente de grandes especuladores había muchas mujeres,³⁵ que a veces comerciaban por cuenta de un amante o de un marido que prefería mantener el anonimato. Sólo una minoría trabajaba por su propia cuenta. Las estrellas de este siniestro carrusel, todas ellas con seudónimos impenetrables, eran, entre otras, la señora Dubail, la señora Gere, Clara Peter, Regina y la señora Henrio.³⁶ Después de la Liberación, los comités de confis-

cación hicieron listas exhaustivas: las mujeres que habían hecho las mayores fortunas tuvieron el triste privilegio de pagar las multas más abultadas por enriquecimiento ilícito.

Desde el primer momento, la señora Garat se especializó en el mercado del alcohol, en el que la Kommandantur y los servicios auxiliares del ejército alemán tenían un interés particular. En esa época, el champán, el coñac, el aguar-diente y el licor benedictino se vendían en lotes de cincuenta mil botellas. El rey de ese mercado era un tal Radenac,³⁷ un agente SRA que tenía un negocio a la calle en 12 boulevard de la Madeleine, viajaba mucho entre Alemania, Francia y España, y les vendía alcohol a los setenta y cinco nuevos cabarets y restaurantes abiertos en París después del armisticio. La señora Garat le fue presentada por otro ruso, Boris Soumarakoff, llamado de Souza-Dantas, agente de la Gestapo que vivía en el hotel Bristol y tenía una agencia de compras en avenue Matignon. Fue su primera incursión en el gran mundo del hampa de París, que más tarde se designaría con el término genérico de “Gestapo francesa”, y cuyo jefe indiscutible era el señor Henri, de la rue Lauriston.

Henri Chamberlin, llamado Lafont o señor Henri, se había vuelto respetable para los servicios del hotel Lutetia el día en que descubrió en zona libre a un agente doble muy buscado, y lo llevó a París atado de pies y manos en el baúl de su auto.³⁸ A partir de ese momento, se volvió indispensable para la Abwehr: siempre estaba dispuesto a intervenir en acciones desagradables en las que los alemanes no querían invertir sus esfuerzos.³⁹ Ellos le proporcionaron armas, información, pasaportes y protección, que le permitieron convertirse, en pocos meses, en un poder oculto con el que la

policía francesa y los políticos de todas las corrientes debían transigir. Se había instalado con su banda de esbirros en 93 rue Lauriston, en una mansión de dos pisos, cuyo dueño, Joseph Weinberg, un judío polaco naturalizado norteamericano, había huido a tiempo a Nueva York. Allí se unieron al grupo original otras personas, malhechores comunes, pequeños estafadores, rufianes y hasta uno o dos asesinos: Lafont controlaba a todos con mano de hierro, e incluso llegó a castigar con la muerte a los recalcitrantes o a los indecisos. Esos delincuentes se habían especializado en el tráfico de oro y divisas, y sobre todo, en el “robo como falsos policías”, que consistía en hacerse pasar por policías alemanes y requisar las viviendas de los ricos, para llevarse joyas y dinero en efectivo. Cuando volvían a la calle Lauriston, repartían el botín con Lafont, quien les proporcionaba a cambio la ayuda necesaria en caso de que los arrestaran o de que las víctimas de los robos presentaran una demanda.

Lafont tuvo el talento de comprender que si quería trabajar con total impunidad, tenía que apoyarse en la Gestapo, que a partir de 1942, comenzó una lucha abierta contra la Wehrmacht y el hotel Lutetia. Logró engañar a Boemelburg,⁴⁰ el consejero criminal de rue des Saussaies, cubriéndolo de regalos y haciéndolo participar en sus beneficios. Cuando consiguió tener acceso al cuartel general de la Gestapo, en 84 avenue Foch, Lafont pudo considerarse el hombre más poderoso de París.

A partir de entonces, la vida de Lafont en la rue Lauriston se convirtió en un verdadero cuento de hadas: recepciones y grandes cenas, en las que se mezclaban truhanes, estrellas del espectáculo y altos funcionarios, canastas de flores

exóticas enviadas por personalidades en señal de agradecimiento, amantes refinadas o llamativas, autos potentes, servidumbre discreta y bien entrenada... Y en forma intermitente, como un contrapunto fúnebre, los gritos de las personas que eran torturadas en la biblioteca del primer piso, los rostros tumefactos que se cruzaban furtivamente en la escalera, las celdas del segundo piso, donde arrojaban a los miembros de la Resistencia antes de enviarlos, jadeantes y ensangrentados, a la Gestapo de la rue des Saussaies o de la avenue Foch.

Seguramente, Stoecklin llevó a la condesa Tchernycheff a una recepción efectuada en la casa de Lafont, y le produjo una gran impresión. No abundaban las verdaderas mujeres de mundo en la rue Lauriston. Ni la marquesa de Abrantès (Quimfe de soltera) ni la marquesa de Wiet (Pabion de soltera) podían ser tomadas en serio (la última había sido peluquera antes de casarse). Además de poseer una belleza y una elegancia fuera de lo común, Mara Tchernycheff se movía con una incuestionable desenvoltura en sociedad. Todas esas cualidades tenían que impresionar a ese hombre tosco, que se había criado en un correccional de menores, once veces condenado a prisión, hasta la condena a muerte por traición que acababa de pronunciar el tribunal de Argel. Lafont tenía tanta sed de reconocimiento social que, después de obtener en 1941 la nacionalidad alemana con el grado de capitán del ejército, se paseaba por los cabarets con uniforme alemán, haciendo el ridículo. Por esta actitud, fue severamente amonestado en el hotel Lutetia, donde no apreciaban en absoluto esa clase de payasadas.

Y ahora se sentaba a su mesa una verdadera conde-

sa, y, más importante aún, una condesa que además era una mujer de negocios. De hecho, la Justicia nunca pudo demostrar que Mara Tchernycheff fuera realmente una informante de los alemanes, aunque no cabía duda de que el número 1 de la rue Lord Byron era un nido de espías supervisados por Stoecklin. De hecho, el resto de su carrera bajo la Ocu-pación despertó sospechas sobre la honestidad de sus motivaciones. Algunas mujeres de mundo fueron menos discretas en cuanto a sus opiniones políticas, y hasta llegaron a usar los medios más viles para imponerlas a quienes las rodeaban.⁴¹

Lafont tomó a la condesa bajo su protección y le consiguió un salvoconducto para poder circular en París después del toque de queda. Más adelante, le presentó a Joinovici,⁴² el famoso trapero multimillonario, que había amasado su inmensa fortuna con metales no ferrosos. A cambio de sustanciosas comisiones, Lafont le evitó problemas con el hotel Lutetia, que estaba particularmente interesado en su origen judío. Poco a poco, Joinovici se resignó a ser el socio capitalista de los amos del momento, mientras él seguía haciendo sus negocios, a la espera de que los vientos cambiaran a su favor. Cuando se dio cuenta de que “la condesa Garat”, como la llamaba, se había convertido en la nueva favorita del señor Henri, comprendió que a él sólo le arrojaría algunas migajas de las cuantiosas ganancias que obtenía en el mercado textil. Era uno de los más importantes proveedores de telas para toldos, vía Bélgica: acababa de comprar un lote por ciento cincuenta millones de francos en Courtrai, y se decía que había tenido que movilizar cuarenta camiones para llevar el cargamento a Francia. Una parte fue enviada

a Alemania, el resto se revendió en el país, y la condesa cobró su comisión.

Ochenta vagones cargados de ropa interior de la marca Rasurel quedaron bloqueados en la línea de demarcación de Chalon por haber presentado papeles falsos en los controles alemanes. La mercadería fue evaluada en treinta y seis millones de francos. Roger Lyon, un intermediario asociado con la condesa en importantes negocios de vidrios, se lo comunicó a Lafont, que hizo vender el cargamento por cincuenta millones al servicio Otto. Las comisiones fueron repartidas entre Lyon, Lafont y la señora Garat, que embolsó su parte, calculada en cinco millones.

Como cada vez ganaba más dinero fácil, a principios de 1942 Mara alquiló un apartamento en el barrio del Trocadero, en 7 rue Scheffer, una amplia residencia de una planta. Además, renovó su vestuario (Piguet, Révillon, Hermès), y tomó como amante a un personaje encumbrado: un oficial SS que dirigía un servicio comercial en rue du Général Appert, encargado de desbloquear las mercaderías confiscadas por la Wehrmacht para enviarlas a Alemania. Se trataba de Hans Leimer, un vienés que le había presentado Stoecklin en casa de unos amigos comunes. Él hablaba mal el francés, ella apenas se arreglaba en alemán. Leimer estaba muy enamorado, y la llevaba a todos los lugares de moda: a Maxim's (dirigido por Horcher de Berlín), a Chez Alexis (el restaurante del "Tout Paris", en rue Notre Dame de Lorette), al Lido (donde siempre se veía a la crema de la colaboración), al Château Bagatelle (jazz de excelente calidad), a Shéhérazade, un cabaret ruso (había que desconfiar del director, el barón de Freygang, un informante),

al Amiral (donde triunfaba Django Reinhardt), a Baccara (el club privado de Ginette Leclerc), a la gala de la Unión de Artistas (donde Lafont pagó un millón por un bronce de Rodin que se subastaba), al hipódromo de Auteuil (el feudo de los nuevos ricos de la guerra), a los ensayos generales de Sacha Guitry, a las grandes ventas de Drouot, a Megève (la capital blanca del mercado negro), a Barbizon, Eden Roc... Todo esto despertaba cierta hostilidad entre los superiores de Leimer, que no veían con buenos ojos que un oficial de policía alemán se mostrara en público con una rusa (ya que Rusia era enemiga del Reich), sospechosa, además, de frecuentar a informantes y traficantes dudosos. Otros, antes que él, habían pasado por esa desagradable experiencia, como Bernhardt Rademecker, que, aunque era sobrino de Goebbels, fue enviado al frente ruso por su relación, demasiado pública, con la actriz de cine Michèle Alfa.⁴³

Como el clima de París se volvió irrespirable para los dos amantes, Lafont le propuso a la condesa, en forma muy oportuna, que pasara una temporada en Biarritz. Otto acababa de ordenarle instalar allí un servicio de compra de tejidos de punto para comerciar con España. Era una nueva política económica adoptada por la Abwehr para extender sus mercados al otro lado de los Pirineos: una política tendiente a pasar por alto a la organización "Sofindus", que tenía desde 1937 el monopolio del comercio entre Alemania y España. Se trataba de aprovechar las redes de contrabando que alimentaban, desde tiempos inmemoriales, la economía subterránea de la región.

Como Lafont sabía unir lo útil con lo agradable, invitó a todos sus amigos de la rue Lauriston a acompañarlo a

Biarritz: al *marqués* de Wiet, su esposa y su cuñado Bodelot, al capitán Wilhelm Radecke,⁴⁴ mano derecha de Hermann “Otto” Brandl, y a algunos bandidos aguerridos, como Charles Cazauba, Eddie Pagnon y Lucien Prévost.⁴⁵ En Biarritz, se instalaron en mansiones de campo confiscadas, cuyos ocupantes habían sido desalojados. La condesa eligió la villa Aboudena, una de las más hermosas de la avenue de Frias.⁴⁶ El Hotel du Palais fue ocupado por la Wehrmacht, pero las salas de juego del casino Bellevue se mantenían abiertas, y el Sonny’s Bar⁴⁷ estaba siempre lleno. Allí, Mara se reunía por las noches con sus compañeros de ruta, rodeados por la fauna local: Stiller, llamado el Cónsul; Minsk, el jefe de la Gestapo de Biarritz, que se hospedaba en el hotel Edouard VII; el doctor Muller, amigo de la famosa actriz Viviane Romance, que vivía en Anglet con el actor Clément Duhour;⁴⁸ Wagner y López, dos rufianes menores de Burdeos. Así pasaron tres meses, entre el mar y la montaña, e hicieron algunos paseos por España. San Sebastián, bajo la férula del Caudillo, era, a pesar de la guerra, un oasis de paz que conservaba su encanto aristocrático. Una noche, tal vez más cálida o demasiado regada de alcohol, arrojó a Mara a los brazos de Henri Chamberlin. Después de todo, era un hombre apuesto, alto, moreno, bien plantado y muy elegante, aunque su voz aflautada, casi femenina desentonaba con su apariencia. Pero la relación no continuó. Cultivaron, en cambio, una amistad a toda prueba, que más tarde resultó muy útil en la adversidad.

Durante esos meses, los hombres de Lafont se contactaron con las redes de contrabando vascas, que hicieron pasar de noche por la montaña un cargamento de quinientos mil

pares de calcetines. Luego, la mercadería fue transportada a Bayona, y despachada a los depósitos de Saint Ouen. Eran siete vagones llenos. El margen de ganancias fue muy bueno pero, según Lafont, “[la condesa] no ganó mucho dinero en el negocio de los calcetines de Biarritz”. Lionel de Wiet, que también había invertido dinero, se quejó de no haber ganado nada: 500.000 francos según él, 900.000 francos según el chofer de Lafont, Eddie Pagnon. Para esos grandes tiburo-nes, eran monedas...

Quizás haya que considerar la cesión de los locales del 3 bis place des Etats Unis,⁴⁹ que Lafont le hizo a la condesa al regresar a París, como una compensación por los mediocres resultados de Biarritz. Esa residencia de cuatro pisos, confiscada en 1940 por Radecke, le servía a Lafont como depósito de mercadería, y lo puso galantemente a disposición de la señora Garat para que estableciera allí su propia agencia de compras. A ella le resultaban estrechas las dos habitaciones que le subalquilaba Stoecklin en la rue Lord Byron y, además, Lafont parecía un mejor interlocutor frente a los alemanes. Mara no vaciló ni un instante, y se mudó en diciembre de 1942: instaló sus oficinas en el primer piso, y el resto era usado como depósito por ella y por Lafont. “El 9 de diciembre de 1942, mientras embalaba mis muebles, se presentó una mujer alta y rubia, que dijo llamarse señora Garat, acompañada por una mujer morena, su secretaria, según dijo, para tomar posesión de los locales”, declaró más tarde Secq, el conserje del hotel, que había sido despedido sin contemplaciones.

A la condesa no parecían faltarle recursos, ya que quince días después de haberse mudado a los nuevos locales, se hizo llevar al 49 boulevard de Courcelles, a un apartamento

abandonado por un matrimonio judío en fuga, los Panigel, y ordenó a los soldados alemanes que la acompañaban que sacaran de allí todo el mobiliario.⁵⁰ Tenía que amoblar decentemente esas habitaciones vacías de la place des Etats Unis (un escritorio Imperio, dos sillones de cuero, una caja de caudales, libros encuadernados en cuero, etc.). Esa clase de procedimientos era moneda corriente en aquella época, desde que Vichy había votado las leyes de excepción contra los judíos, y la *Mobel Aktion*⁵¹ concebida por Rosenberg fue puesta en práctica por su acólito von Behr. Además, el Instituto de Estudios de Cuestiones Judías, en 21 rue de la Boétie, ponía a disposición de sus simpatizantes listas de casas abandonadas por sus propietarios judíos en París y los alrededores, para facilitar su confiscación por parte de la policía alemana y sus cómplices. Por otra parte, había enormes depósitos (Jeu de Paume, en rue Bassano) llenos de muebles y objetos de arte decomisados de los apartamentos, los castillos y las propiedades de judíos en territorio francés que los dignatarios alemanes y las “personas de buen gusto” autorizadas podían “sacar”, después de que Goering y su banda de saqueadores elegían los que ellos querían. No llama la atención, entonces, que la condesa actuara de ese modo, pero lo insólito es el método expeditivo que empleó para apropiarse del mobiliario. Se percibe la mano de Lafont detrás de esa maniobra para eludir a la administración y pedir la ayuda del ejército alemán para vaciar el apartamento de los Panigel. Este último error terminaría costándole muy caro.

Los buenos negocios siguieron su curso, esta vez con el aval de la rue Lauriston, que distribuía, entre sus mejores agentes, credenciales de policías con permiso de portar ar-

mas, y les otorgaba el derecho de abrir agencias de compras y traficar con total impunidad a cambio de comisiones y descuentos para sus protectores franceses y alemanes. Leimer, que seguía muy enamorado, se había convertido en uno de los mayores compradores, en place des Etats Unis. En esa época, Mara Tchernycheff se asoció con el hijo de un banquero belga, Olivier Allard,⁵² para ofrecer papel, herramientas, telas y chocolate al servicio Otto. Por haberlo estafado con papel de calidad inferior a la de la muestra que había presentado, Lafont detuvo a Allard y lo obligó a devolver el dinero de la compra. Extraña ironía del destino: ambos ladrones simpatizaron. Poco después, Allard fue arrestado en Anvers por el *Devisenschutzkommando* (DSK),⁵³ mientras realizaba un tráfico de divisas, y Lafont hizo que lo soltaran. En señal de agradecimiento, el belga aceptó la confiscación de un inmueble de su propiedad, en 40 rue Lauriston, que se convirtió en depósito de mercaderías. Y para que las cosas estuvieran claras, colocaron en la puerta un cartel, firmado por Leimer, que decía que el depósito estaba bajo el control de los alemanes, impidiendo así la entrada a eventuales investigadores de la policía o inspectores franceses del servicio de fraudes demasiado escrupulosos.

¿Entendió en ese momento la condesa que la trampa se cerraba poco a poco sobre ella, y que se estaba convirtiendo en un miembro, brillante pero cabal, de la banda Bonny-Lafont, a la que los iniciados llamaban la Carlinga? Como muchos notorios colaboracionistas, ella recibía de vez en cuando en su correo amenazas de muerte y pequeños ataúdes en encomiendas “certificadas”. En el Este, la situación de la Wehrmacht se deterioraba día tras día, y eso no au-

guraba nada bueno para la marcha de los negocios ni para el desenlace de la guerra. De modo que los más perspicaces empezaron a cambiar de táctica. Era preferible estar bien con todos los partidos, y hacer algunas concesiones a las nuevas fuerzas que surgían. El conocido caso de Joinovici, que financiaba al mismo tiempo a la red Honor de la Policía y a la Gestapo francesa, fue muy imitado. Todos descubrían de pronto que tenían un alma de pequeño resistente, y la condesa también siguió la nueva moda.

Entre sus amigas de la preguerra, una le parecía especialmente digna de interés: Hélène Ostrowska. Esta hermosa mujer había sido una *mannequin* estrella antes de sentar cabeza y conseguir un brillante matrimonio en 1934 con el joyero Louis Arpels (de Van Cleef & Arpels).⁵⁴ Su aspecto distinguido fue señalado por la prensa de la época, junto a otras damas elegantes, como la señora Martínez de Hoz, esposa del presidente del Jockey Club de Buenos Aires, o la señora Revel, esposa de un importante notario parisino. La familia Arpels había sido particularmente afectada por la persecución a los judíos. Louis Arpels pasó a la zona libre, y luego viajó a los Estados Unidos, donde vivían sus hermanos. Su apartamento de la avenue Foch, homologado como bien judío, le fue entregado al *marqués* de Wiet, y la banda Bonny-Lafont se quedó con las joyas encontradas en la caja fuerte. El abogado de Hélène Arpels fue convocado a la rue Lauriston, y lo forzaron a presenciar el reparto del botín. Cuando protestó con energía en nombre de su clienta, diciendo que, al no ser judía, no debía ser despojada de sus bienes, Lafont lo amenazó con deportarlo. Logró salvarse gracias a la intervención de Georges Prade, un influyente

consejero municipal que solía frecuentar la casa de la rue Lauriston. En cuanto a la señora Arpels, se había vuelto molesta para mucha gente, de modo que su presencia en París era indeseable.

Cuando la condesa conoció la dramática situación de su antigua amiga, la alojó en su casa, y luego la hizo pasar a España, a cambio de una gruesa suma de dinero. En Biarritz había conocido a algunos buenos pasadores de fronteras entre Biriattou e Irún. Leimer también participó del secreto, y es probable que desempeñara algún papel en la transacción. Más tarde, se dijo que la condesa incluso le había prestado su propio auto a la señora Arpels para pasar la frontera, algo que parece bastante imprudente y difícilmente justificable. Sea como fuere, la misión tuvo éxito y Hélène Arpels consiguió refugio en Portugal. Para la condesa, empezaron los problemas. Como consecuencia de unos informes enviados por el consulado alemán en Lisboa, la policía alemana la detuvo en marzo de 1943, junto con Leimer, su amante. La encerraron en la cárcel de Fresnes y la acusaron de haber facilitado la huida de una “rusa de origen judío que era buscada por espionaje”. El caso era grave y podía ser castigado con la deportación para ella, y una condena a muerte para el oficial alemán.

Entonces intervino Lafont. Al enterarse, gracias a la madre de la condesa, del encarcelamiento de la pareja, ordenó llevar a la rue Lauriston las joyas, el dinero, las pieles y los documentos personales hallados en el apartamento de la rue Scheffer, para ponerlos a salvo. Luego fue a ver a Knochen,⁵⁵ el jefe de la Gestapo del Gran París, a la avenue Foch, y a Boemelburg, el consejero criminal de la rue des Saussaies.

Nunca se sabrá qué argumentos empleó para defender su causa, pero es posible suponer que les recordó a los funcionarios la lista de los obsequios que les había hecho llegar “para alimentar la amistad” desde hacía dos años: el Bentley confiscado al coronel Lindemann que le regaló a Knochen para su casamiento, las cajas de platería de la embajada norteamericana que se repartieron entre los servicios alemanes, sin hablar de las comidas que les enviaba todos los días y los gallardos guardaespaldas cabilas que le había “prestado” a Boemelburg...⁵⁶ Fue una maniobra desesperada, pero se basaba en un análisis correcto de la situación. Con el correr de los años, Lafont había sabido tejer alrededor de todos los altos responsables alemanes una red de pequeños favores y servicios inconfesables, comprando al más alto precio su complicidad, en previsión de malos tiempos. Así los tenía a su merced, bajo la presión conjugada del chantaje y el terror que todos esos oficiales experimentaban ante la eventualidad de las represalias de Berlín contra los aprovechadores, considerados traidores a la causa del Gran Reich.

El resultado de la gestión no se hizo esperar demasiado, y la pareja fue liberada quince días después. Los alemanes pusieron dos condiciones: la rue des Saussaies recuperaría la residencia de place des Etats Unis, y el oficial Hans Leimer sería trasladado a la provincia.

Boemelburg quería convertir al 3 bis place des Etats Unis en una prisión, para encerrar, interrogar y torturar a los “pequeños delincuentes”, un eufemismo que, junto con “terroristas”, designaba a la Resistencia, cuyas acciones empezaron a multiplicarse a partir de 1943. Luego, los prisioneros serían enviados a la avenue Foch, donde la policía

alemana se encargaría de ellos. En los dos últimos pisos del hotel acondicionarían celdas con barrotes, vigiladas exclusivamente por soldados alemanes. Lafont dio tres meses de preaviso a la condesa para que se fuera: ella aceptó, demasiado contenta de tener que pagar un costo tan bajo. Joinovici se encargó de la mudanza, enviando algunos camiones para desocupar los locales del primer piso y colocar los “muebles Panigel” en la rue Lauriston.

Por otro lado, la etapa ascendente del mercado negro llegaba a su fin en Francia. Goering, a pesar de sus intentos de que la opinión pública alemana lo considerara el *Wirtschaftsdiktator* (dictador de la economía), había sufrido un serio revés en mayo de 1943, con la firma de los acuerdos Bichelonne, que estipulaban la clausura de las agencias de compra alemanas y la prohibición del mercado negro en los territorios ocupados. La era del saqueo sistemático de Europa había terminado. Se puso en marcha una rigurosa planificación económica, volcada al esfuerzo de guerra, que volvía obsoleta toda actividad económica no planificada, como el sistema del mercado negro. La agencia de Otto fue una de las primeras en cerrar sus puertas, y como muestra del nuevo orden moral instaurado por Berlín, su mano derecha, Radecke, fue nombrado para presidir un organismo encargado de combatir el mercado negro. Incluso, durante un tiempo, la Gestapo pensó en eliminar físicamente a los traficantes franceses que habían trabajado para los alemanes. Pero Hermann Brandl se negó a proporcionar una lista de sus proveedores, so pretexto de que todos eran agentes de la Abwehr. Y cuando el doctor Loskant, el nuevo

Torquemada del hotel Lutetia, insinuó que llevaría a cabo una investigación en los archivos de la agencia, estos fueron quemados de inmediato.

Frente a todos esos cambios políticos y económicos, la condesa consideró que era tiempo de tomar un descanso. Como muchos de los que se habían enriquecido en el mercado negro, trató de invertir su dinero en el mercado inmobiliario. Uno de sus tíos maternos, el conde Alexandre Stenbock-Fermor,⁵⁷ que vivía en Rueil Malmaison, le habló de un castillo que había puesto en venta su propietaria, la señorita Spinelli, una actriz de vodevil, muy conocida en los años veinte por su ropa extravagante. El castillo de Bel Air, una construcción de dos pisos, estaba enclavado en un gran parque lleno de árboles, rodeado por altos muros. Lo flanqueaban dos pequeños pabellones, uno de ellos destinado al personal doméstico, con dos garajes, un taller, caballerizas, un gallinero, una perrera y una huerta. Pedían por él cinco millones, pero la venta se cerró en un millón ochocientos mil francos, en julio de 1943, en presencia de Georges Prade y de la madre de la condesa Tchernycheff.

En esa misma época, Mara declaró que no ejercía ninguna profesión, y que vivía de la venta de las alhajas que le había regalado su amigo brasileño, Castro Maia. Su tren de vida era suntuoso: tenía una cocinera, una criada y un chofer, dos autos de gran lujo en las cocheras, un establo con varios caballos (uno de ellos, obsequio de Lafont), cuatro abrigos de piel, vestidos y accesorios de alta costura. Se mudó al castillo en agosto, con una nueva amiga, la bella esposa de Hubert de Mallet, un actor más conocido por su largo romance con Elvire Popesco que por sus éxitos teatrales.⁵⁸ Las dos muje-

res se habían vuelto inseparables desde el comienzo del año. Renée de Mallet estaba tramitando su divorcio, y vivía en forma provisoria en casa de su hermana, en rue Ampère. El ofrecimiento de la condesa para ir a vivir con ella a Bel Air le vino como anillo al dedo.

El mobiliario Panigel fue desplegado una vez más en las innumerables habitaciones del castillo. Para su dormitorio, la condesa encargó una gran cama Luis XV con doble cabezal acolchado de tela de damasco blanca y un cobertor blanco con lamé dorado. Hans Leimer, que viajaba constantemente entre Berlín y Madrid, regresó de prisa cuando supo que Mara se había instalado y empezaba a recibir de nuevo. Pero la pareja ya no se entendía. Hubo escenas violentas entre ellos, y la condesa terminó por prohibirle la entrada. Entonces, en un impulso desesperado, Leimer hizo confiscar el castillo para poder instalarse allí en forma permanente. Ante esa situación de fuerza mayor, Mara tuvo que ceder y poner al mal tiempo buena cara.

Entre los visitantes habituales del castillo estaban el prefecto de Seine et Oise, Revillod; el aviador Michel Detroyat,⁵⁹ que se había reciclado en la venta de caballos de carrera y el espionaje industrial para la Luftwaffe; un tal Rebattet,⁶⁰ llamado “el marqués de la Patraña”, amigo de la actriz Gaby Andreu; Serge de la Roche y su esposa, de origen ruso, y amigos íntimos de Mara, el marqués de Prémorrel, el capitán Geissler,⁶¹ amigo de Leimer y jefe de la Gestapo en Vichy. Lafont pasaba por allí de tanto en tanto, y una vez se presentó vestido con un uniforme de las SS. “Yoyo” Prade iba también, aunque con poca frecuencia, ya que estaba muy ocupado con la administración del Théâtre

de l'Avenue, tarea que ejercía junto con Jean Luchaire y Lionel de Wiet. Todo ese mundillo se reunía en recepciones y almuerzos al aire libre. A la noche, bailaban al son de un tocadiscos, o proyectaban alguna buena vieja película norteamericana en la sala de ping-pong de la planta baja. Las jornadas se dividían entre la equitación, el golf y las compras en París. Cuando no recibía, la condesa, que se había hecho adicta al opio que le proveía Rebattet, se evadía algunas horas en compañía de su amiga Renée. La policía encontró luego, en la caja fuerte de su escritorio, durante un registro efectuado a su castillo después de la Liberación, un neceser lleno de implementos para fumar, “que había tenido mucho uso”.

A fines de 1943, Mara enfermó y decidió pasar su convalecencia en el aire puro de Megève para las fiestas de fin de año. Ese balneario de invierno, ya famoso antes de la guerra (frecuentado por Maurice de Rothschild, los Farman, Danielle Darrieux y sus amigos), se había convertido desde el comienzo del conflicto bélico en una sucursal de Fouquet's y de “l'Omnibus” de chez Maxim's. La prensa de Vichy hablaba de “parrandas colosales, grandes cenas que se prolongaban hasta el alba, y naturalmente, swing, siempre swing...”.⁶² En cada temporada, la policía efectuaba oscuras redadas entre la población flotante del lugar, y hacía cerrar hoteles y restaurantes encontrados en flagrante delito de mercado negro. Aunque de nada servía. Cuando una resolución de la prefectura de la Alta Saboya ordenó la clausura de todos los hoteles y restaurantes de Megève a partir del 8 de marzo de 1943, la gente se volcó a los chalets alquilados a precio de oro en el mismo balneario o en las aldeas circundantes,

para llevar a cabo sus recepciones privadas. A la condesa también le gustaba hacerlas, y así pasó dos meses lejos de las inquietudes y las presiones de la capital.

Después de cerrar la agencia de compras Otto en marzo de 1943, los alemanes pronto se dieron cuenta de que el mercado negro, lejos de desaparecer, se había trasladado a la zona libre, especialmente a Niza, donde prosperaban los negocios con el ejército italiano. Se abrieron nuevos servicios paralelos, que compraban material de ingeniería, máquinas herramientas o metales raros (tungsteno, radio, etc.), requeridos por la economía de guerra. Un organismo alemán centralizó esos servicios en los territorios ocupados: Pimetex, la agencia de compras del nuevo ministerio de Municiones y Armamento. En París, la sede se hallaba en 33 avenue des Champs Élysées. El director comercial era un tal Bernike, un alemán naturalizado francés que se vanagloriaba de haber sido el asesino de Rosa Luxemburgo en 1919. Entre sus mayores proveedores estaba Joinovici, que había montado para la circunstancia una agencia clandestina, llamada Unión Económica, en 16 avenue George V, bajo la interesada protección de Lafont.⁶³ La mayoría de sus empleados eran judíos.

Cuando regresó a París, la condesa Tchernycheff, necesitada de dinero, reanudó su contacto con Joino, que la envió como administradora a Lyon y Saint Etienne. Pero las cosas ya no eran como antes. El desembarco de los aliados en Normandía, el 6 de junio, y luego el frustrado atentado contra Hitler el 20 de julio, habían puesto peligrosamente nerviosos a los ocupantes. Después del intento de putsch del general von Stülpnagel en julio, en París, el general SS

Oberg había tomado de inmediato el control de la situación, y la Gestapo empezó a depurar sus filas de los elementos poco seguros. Hans Leimer y su amante estuvieron entre los primeros arrestados. El capitán alemán fue enviado al frente ruso, donde desapareció en medio de la tormenta. El 26 de julio, la condesa y su amiga Renée de Mallet fueron interrogadas en boulevard Flandrin. Las presionaron con preguntas sobre Leimer y sus viajes a España. ¿Seguía en contacto con la Ostrowska? ¿Ellas veían todavía a Lafont? Las mujeres no dijeron una palabra, y las llevaron a la prisión de Fresnes.

En el trayecto, el vehículo que las conducía sufrió una colisión. Aprovechando el desorden que siguió al accidente, Renée logró pedirle a una mujer que trabajaba en la Cruz Roja, que le avisara a su hermana, la señora Berthet. Las amigas pasaron casi dos semanas en prisión, y fueron interrogadas en forma alternada en 72 avenue Foch, sede del servicio dirigido por el doctor Knochen, jefe del SD en Francia. Cuando los alemanes comprobaron su falta de cooperación, las encerraron en la misma celda, en 84 avenue Foch, servicio del comandante Kieffer, que estaba a cargo del contraespionaje y los interrogatorios a informantes aliados. Pero los cargos contra ellas no salieron a la luz.

Al llegar la Liberación, Renée dio testimonio en favor de su amiga, que, según ella, sólo había colaborado en un plano estrictamente comercial. Le mencionaron un expediente muy comprometedor, en el que era acusada de haber participado en un importante tráfico de divisas. Sin embargo, había cargos mucho más graves contra ella.⁶⁴ Renée de Mallet dijo que la condesa estaba tan poco preocupada por

su suerte que había grabado en la pared de su celda un muñequito con paraguas, y luego lo firmó, resignada: “Mara de Fresnes”. Dos días más tarde, el 13 de agosto, las separaron. Al despedirse, la condesa le dio a Renée la dirección de su amigo Heller, del Quai de Orsay, donde estaba la sede de la Luftwaffe.

La Gestapo le dijo a la condesa que la enviarían a Berlín, donde sería juzgada junto con Hans Leimer. La autorizaron a llevar algunos elementos personales y dinero, por lo que la policía aceptó hacer un desvío y pasar por Bel Air. Le permitieron llamar por teléfono a Simone, su criada, para que le llevara al castillo su pelliza de zorro, y cincuenta mil francos que le había confiado a su tío, el barón Stenbock-Fermor. Sin duda, Mara pensaba que su encierro sería bastante largo, y se llevó también algunas joyas, un pasaporte alemán emitido a su nombre, una barra de Rouge Baiser, una polvera... En el momento de subir al coche de policía, se volvió de pronto hacia su chofer Chalemetieff y, hablándole por primera vez en ruso, le pidió que le avisara al señor Henri que la llevaban a Metz, y de allí a Berlín.

El chofer corrió a la rue Lauriston, pero encontró la puerta cerrada. Presa de pánico, la banda había huido a la granja adquirida unos meses antes en Loiret, Bazoches. Como se decía que los Aliados ya estaban en Rouen, Lafont había considerado conveniente salir de París con su joven amante Marie Jeanne Douflo y sus dos hijos, Pierre y Henriette. Lo siguió su incondicional Bonny, también con su esposa y su hijo. Llevaron armas y dinero, como para resistir uno o dos meses, esperando que la situación del país se calmara. Los caminos ya no eran seguros, y podían caer en manos de

bandas de ladrones armados, que detenían y exigían rescate a los vehículos sospechosos. A los reconocidos como colaboradores, los fusilaban en el acto, y en el mejor de los casos los entregaban a la policía, después de propinarles un severo castigo.

Una vez instalados en la granja, los fugitivos debieron soportar la visita de las FFI de la región, que, sin reparar en su identidad, les confiscaron el Bentley y el Jaguar. Eso fue una catástrofe para la banda. El plan inicial consistía en pasar a España, desde donde, tras recuperar el tesoro de la rue Lauriston (se hablaba de quinientos millones: una parte había sido transportada por uno de sus cómplices, Auguste Ricord,⁶⁵ algunas semanas antes, y la otra, fue depositada por Joinovici en Suiza), viajarían a América del Sur. Sin medios de transporte, y en un país cada vez más hostil hacia personas como ellos, la situación podía volverse trágica en poco tiempo. Bonny y Lafont tomaron entonces una medida desesperada y enviaron al joven hijo de Bonny, Jacques, en bicicleta a París, para pedirle a Joinovici que les hiciera llegar nuevos autos. Ese error les resultó fatal. Como muchos otros, Joinovici se había pasado a la Resistencia, y decía a quien quisiera escucharlo que era un combatiente de la primera hora. Cuando el joven Bonny le reveló con total inocencia el escondite de la banda, Joinovici comprendió de inmediato que le sería fácil sacar partido de esa información: podía lavar su pasado entregando a esos delincuentes que la policía buscaba sin éxito, y vengarse al mismo tiempo de cuatro años de angustias y humillaciones. Les exigió confidencialidad a los inspectores Métra y Petit, como única condición de su traición, y consiguió que le garantizaran una

protección reforzada; después de todo, muchos miembros de la banda de la rue Lauriston todavía estaban en libertad y podían intentar vengar a su jefe. El 29 de agosto, la policía detuvo a Lafont y a los ocupantes de la granja de Baslins, sin disparar un solo tiro.

Al llegar a París, Lafont y Bonny fueron interrogados en la Conciergerie. La policía escuchó, pasmada, de boca de los dos hombres, y luego de sus cómplices detenidos, la novela negra de los años de ocupación, en todos sus detalles al mismo tiempo sórdidos y fastuosos. Se pronunciaron nombres hasta ese momento secretos, salieron a la luz historias de estupro y muerte. El ex inspector Bonny se mostró particularmente locuaz, desplegando los antiguos mecanismos de su profesión. Lafont fue mucho más reservado. Pero los dos se refirieron a la misteriosa condesa Tchernycheff en términos halagüeños: hablaron de su belleza, su perfecto dominio del alemán, sus amantes, su rápida fortuna. Era la mujer fatal, la bella extranjera que había venido del frío para saciar sus pulsiones de muerte, la feminidad desenfrenada en un mundo hasta ese momento irremediabilmente masculino, cuya turbia figura encendió todas las imaginaciones después de la Liberación. Los ataques de la prensa empezaron el 4 de septiembre. *Franc-Tireur* anunció su arresto en Rueil Malmaison, y el secuestro del tesoro de su banda (cien millones de francos) en casa de uno de sus cómplices, el conde Stenbock. *Le Populaire* agregó que toda la banda Bonny-Lafont había sido detenida en Rueil. *Le Parisien libéré* llegó a decir que la ex esposa de Henri Garat había puesto a disposición de la banda la casa de 93 rue Lauriston. Y *Libération* subió la apuesta revelando un detalle sacri-

lego, que sublevó a mucha gente: “En un cofre de cuero, ligeramente enmohecido por la humedad, en el jardín de un suntuoso pabellón de Rueil, la policía encontró *el juego de té de la emperatriz Eugenia*”.⁶⁶

La madre de Mara se indignó y redactó una carta abierta dirigida al procurador de la República y al jefe de policía de París. “Protesto con todas mis fuerzas contra las afirmaciones de la prensa, que le atribuyen a mi hija, la condesa Tchernycheff, un papel incalificable. Mi hija no huyó, sino que es una deportada política en Alemania. [...] No estuvo involucrada, ni directa ni indirectamente, en las actividades de la Gestapo [...] En nombre de mi hija, hago reserva de todos los derechos para lograr la reparación de esos rumores difamatorios”. A pesar de su solicitud, la prensa no publicó ese texto valiente, probablemente escrito de buena fe. La policía la detuvo en su casa, el 6 de septiembre, por la denuncia de una criada de su hija.

Entretanto, la policía había registrado la casa del conde Stenbock, en 38 boulevard Richelieu, en Rueil. Encontraron un cofre lleno de alhajas, enterrado en el jardín, en el lavadero, casi dos millones de francos en efectivo y en lingotes de oro, tres tapados y una capa de piel, objetos de plata, y en un gran baúl de ropa en el cuarto de la criada, orfebrería y un acordeón guardado en su estuche. Algunos días más tarde, la policía se dirigió al castillo. Los ladrones ya habían robado todo lo que brillaba o parecía comestible. Esparcidos por el piso, en medio de cómodas revueltas y cajones vaciados, los inspectores hallaron fotos manchadas, un pasaporte brasileño a nombre de Mary Garat, dos facturas del modisto Robert Piguet, y una credencial de miembro honorario

del club privado Baccara. En una caja de cuero amarillo, un equipo para fumar opio y una cigarrera de metal dorado con esta inscripción grabada en su interior: *Para mi querida mujercita - Henri*. Lamentables vestigios de una vida destruida.

Mara se había convertido en un objeto de atención pública, y se mencionaba su presencia en los lugares más increíbles. Llovían los testimonios. Un anónimo aseguraba haberla encontrado en la avenue Kléber, bajando de un auto con su caniche, que respondía al nombre de Dingo. Una tal Madeleine de Forli la había visto abordando un tren de milicianos que evacuaba las prisiones de Fresnes, Santé, Cherche Midi y Romainville hacia Prusia. Un allegado le contó a todo el mundo que ella se drogaba y tenía costumbres extrañas. Y en ese concierto de maledicencias y comentarios venenosos, nadie quiso creer en la existencia de un cheque de diez mil francos que la condesa había firmado, en su momento de mayor esplendor, a beneficio de los habitantes de Rueil, prisioneros en Alemania, y que el propio alcalde de la comuna había ido a buscar personalmente al castillo...

De hecho, se filtraban pocas informaciones sobre el infierno que atravesó Alemania en los últimos meses de la guerra. No se sabe con certeza qué hizo Mara durante casi un año, hasta el momento en que el ejército norteamericano la detuvo, el 31 de mayo de 1945, en Garmisch Partenkirchen, una pequeña estación de deportes de invierno enclavada en los Alpes bávaros. ¿Habría formado parte de un grupo de refugiados provenientes del norte, expulsado por los incesantes bombardeos que asolaban el país día y noche? ¿Intentó,

como muchos otros, pasar a Suiza o a Italia, donde estaría a resguardo de las preguntas incómodas y los maltratos policiales? Los militares norteamericanos la interrogaron, y tres meses más tarde la entregaron a las autoridades francesas. Fue encarcelada en Fresnes el 6 de septiembre, y luego, transferida a la Roquette durante dos años, mientras un nuevo mundo empezaba a nacer de entre los escombros.

Pasada la euforia de la Liberación, Francia fue dominada por un frenesí de ajustes de cuentas, proporcional a las frustraciones soportadas durante cuatro años. Después de las ejecuciones sumarias, las mujeres rapadas y los comités de depuración de todo tipo, se establecieron tribunales de excepción, militares y administrativos, para juzgar a todos los que habían estado demasiado cerca de los ocupantes. Proliferaron las condenas a muerte, los trabajos forzados a perpetuidad, la pérdida de los derechos civiles. Tras un rápido proceso criminal, Lafont, Bonny y sus compinches fueron fusilados a fines de 1944, en una madrugada gris de invierno, llevándose muchos secretos con ellos. Molestaban a demasiada gente. Luego llegó el turno de los aprovechadores, los pequeños comerciantes que se habían enriquecido y los empresarios sospechosos. A la policía no le costó encontrarlos, ya que las denuncias inundaban las comisarías, como en los buenos viejos tiempos de la Ocupación. A partir de octubre de 1944, los tribunales que juzgaban las ganancias ilícitas arrojaron una cruda luz sobre el sigiloso mundo de los traficantes del mercado negro, los que habían trabajado en forma solapada con los alemanes, pero se pasaba por alto a los que seguían traficando en ese momento con

los norteamericanos. Francia descubrió con estupor las extraordinarias fortunas que habían ganado algunos, mientras la mayoría de los habitantes sufría el racionamiento, el desempleo y la devaluación del franco. Luego cayó Berlín y el orden nazi se derrumbó. Entonces, la indignación fue reemplazada por el horror, cuando comenzaron a aparecer en la prensa los primeros testimonios de los campos de exterminio. La opinión pública permaneció durante meses bajo ese impacto. A medida que se descubría la monstruosa realidad del sistema nazi, la colaboración económica fue relegada a un segundo plano en los periódicos siempre en busca de sensacionalismo. La bomba atómica puso fin a la pesadilla, el juicio de Nuremberg actuó como catarsis. Por fin se podría descansar. Con el correr de los años, las sentencias de los tribunales se hicieron cada vez menos severas para los nostálgicos del Tercer Reich.

Cuando la condesa se presentó ante la undécima sección del tribunal del Sena, el 5 de junio de 1947, fue condenada a dos años de prisión y a la confiscación de un tercio de sus bienes (veintiséis millones) por el delito de colaboración con el enemigo; un fallo que no guardaba proporción con el alboroto que habían provocado en el momento de la Liberación las revelaciones de Lafont. Sin duda, los tiempos habían cambiado. Pero no todos habían olvidado. La señora Panigel, cuyo apartamento había sido vaciado por la condesa en el invierno de 1943, encontró en el castillo de Bel Air algunos de sus muebles: sillas, una biblioteca, un fichero de escritorio, una vajilla de porcelana de Sajonia azul y oro. El resto, valuado por su propietaria en doce millones, seguramente se había evaporado entre las diferentes mudanzas y

los numerosos intercambios. Pero había tanta indignación acumulada en el corazón de esta mujer que interpuso una demanda por robo y encubrimiento contra X..., el 14 de marzo de 1946. La condesa fue nuevamente citada por el tribunal correccional, y el 30 de julio de 1947 la condenaron a cinco años de prisión, con el beneficio de conmutación de penas. Mara Tchernycheff apeló, se le consideró solo el encubrimiento el 16 de marzo de 1948, y abandonó al día siguiente la cárcel de Fresnes. La señora Panigel presentó un recurso de casación contra el fallo del tribunal de apelaciones, que fue anulado y remitido al tribunal de apelaciones de Rouen. En el nuevo juicio, el 24 de noviembre de 1948, se ratificó el fallo del tribunal de apelaciones de París, y la multa de veintiséis millones se redujo a cuatro millones. En junio de 1949, la condesa se declaró insolvente, diciendo que no podía pagar sus deudas con el Estado porque todos sus bienes inmobiliarios estaban embargados por la familia Panigel. Finalmente, se desestimó la demanda.

La condesa regresó a su propiedad de Bel Air; aunque no podía disponer de ella, había conservado su usufructo. Renée de Mallet, su amiga de siempre, fue a reunirse con ella. Una extraña masajista, Irène Pocheau, a quien Mara había conocido en Fresnes, vivía en el castillo desde su salida de la prisión. La mujer deambulaba por los pasillos, escuchaba detrás de las puertas y le informaba a la policía sobre quiénes visitaban el castillo: Mauve, abogado consejero; el hombre de negocios de la condesa, una amiga; la señora de Garouch, acompañada por un oficial norteamericano; Gaston Habib, un tunecino vinculado a la señora de Mallet; Inés de Amodio, una amiga; Sibelman, a cuya esposa

la condesa había conocido en Fresnes, y que quería producir un filme en el que ella actuaría; Gallois, que había firmado dos contratos de quinientos mil francos antes de partir hacia Cannes en septiembre de 1948; la condesa de Massol de Rebetz,⁶⁷ ex PPF, muy involucrada en el Comisariato de Cuestiones Judías durante la guerra. Todo un microcosmos de sobrevivientes del *Gross Paris*, que se recicló en el tráfico de divisas, y siguió llevando una vida opulenta.

Además estaba Walter, un suizo, el último “novio” de Mara, que sustituyó a Hans Leimer en el castillo. Nadie sabía de qué vivía, pero en ese ambiente ¿a quién podía importarle? Un día salió en los diarios que Walter Bosshard había robado una maleta con veinte millones en joyas, que le había confiado a la condesa su amiga, la señora de La Roche. Esta pensaba realizar una operación de compensación en Suiza, pero el aventurero fue más veloz y desapareció con el tesoro. Se encontró una parte del botín en la casa de su cómplice, Simone Reders; el resto estaba escondido en la Costa Azul. Para el Quai de Orfèvres, la condesa Tchernycheff era un elemento de desorden, una reincidente incorregible. En julio de 1950, recibió una orden de expulsión, que la obligó a permanecer a partir de ese momento en Eure et Loir.

La continuación de su vida se pierde en las brumas de la incertidumbre y las conjeturas imposibles de verificar. Se dijo que, embarazada, sufrió un aborto espontáneo, y que en 1952, habría conseguido una autorización para vivir en Bel Air. Anduvo unos años por París, se ocupó de temas inmobiliarios, y luego partió a México, donde vivía uno de sus tíos. Al parecer, terminó por emigrar a los Estados Unidos,

donde estaba radicado su hermano. Su reputación había atravesado el océano, y la colonia rusa le dio la espalda. Poco a poco, se hizo el silencio en torno a ella. Ya no formaba parte de la Historia, sino de las estadísticas.

